



Homilía

Nuestra Señora del Carmen Coronada

Convento PP Carmelitas. Jerez de la Frontera, 16 de julio de 2010

Queridos PP Carmelitas; miembros de la Orden Tercera; Junta de Gobierno de la Hermandad; fieles devotos; saludamos también al Coro que nos anima, agradeciéndole su colaboración; hermanos/as todos en el Señor:

La fiesta de **Nuestra Señora del Carmen** es una de las celebraciones marianas más populares y más queridas en el pueblo de Dios y especialmente en nuestra Ciudad de Jerez. Esta fiesta -cuyo fervor entre nosotros agradecemos a esta Casa y a la Comunidad de Padres que nos acoge-, nos traslada espontáneamente a la tierra de la Biblia y más concretamente al monte Carmelo, en Israel.

Monte de salvación

Dejadme, pues, por tanto, que sea la relación de la advocación de la Virgen del Carmen con ese monte, lugar originario de la devoción y vocación carmelita, la que centre hoy nuestra reflexión.

El Carmelo ha sido siempre un monte sagrado. Allí se refugió Elías, convirtiéndolo en signo de la fidelidad al Dios único y en el lugar de los encuentros entre el Señor y su pueblo (1R 18,39). Más tarde, durante las Cruzadas, los ermitaños cristianos se recogieron en las grutas de aquel monte emblemático, hasta que en el siglo XIII, formaron una familia religiosa, a la que el Patriarca Alberto de Jerusalén dio una Regla en 1209, confirmada por el Papa Honorio III en 1226.

Estrella de la mañana

Desde aquellos eremitas que se establecieron en el monte Carmelo, los Carmelitas se han distinguido por su profunda devoción a la Santísima Virgen, interpretando las palabras del criado de Elías: "**sube del mar una nubecilla como la palma de la mano**" (1 Re 18,44), que presagiaba el don de la lluvia, como un símbolo de la joven y pequeña doncella de Nazaret, la Virgen María que trajo consigo a Aquel que es el manantial de la Vida Eterna. Pequeño "**lucero de la mañana**" que antecede a la salida del "**Sol de justicia**".

Por eso, al igual que los marineros antiguos se guiaban por las estrellas para marcar su rumbo en el inmenso océano, así la Virgen María como, estrella luciente en el mar, nos guía por las aguas difíciles de la vida hacia el puerto seguro que es Cristo.

Luz en el mar

Por lo tanto, cuando hoy nos vemos ante la dificultad del mundo secularizado y materialista en el que vivimos, que aparece con frecuencia bajo la imagen de un inmenso desierto espiritual en el que estamos inmerso; ...ante las rupturas de tantos matrimonios, la irresponsabilidad de tantos jóvenes educados sólo para vivir según los criterios del tener; ...ante la ceguera del aborto, y frente a tantos fracasos que logran incluso frenar los corazones más valientes... Levantemos la cabeza y veamos cómo una "**nubecilla blanca**" resplandece hoy también hoy en este santuario: la **Santísima Virgen del Carmen**, que nos repite incansablemente las palabras que el ángel le dirigió a Ella, referencia siempre de la fe de la Iglesia:

« ¡No temáis! ¡No tengáis miedo! El Espíritu Santo está con vosotros y no os abandona jamás. Nada es imposible para quien confía en Dios.»

Dichosa por su fe

También la veneración a Virgen tiene mucho que ver con la situación geográfica del monte Carmelo, enclavado en la llanura de Galilea y divisado, a lo lejos, desde Nazaret, donde vivía María **«conservándolo todo en su corazón»**. Por eso la Orden del Carmen desde sus orígenes, se ha puesto bajo el patrocinio de María, Madre de los contemplativos. Nuestra Señora del Monte Carmelo es querida y venerada como modelo de fe y de oración.

Los frailes y monjas carmelitas, los laicos del Carmelo Seglar y cuantos se sienten unidos espiritualmente a la gran familia del Carmen, la acogen como su Madre y hermana, constante inspiradora de una contemplación fuerte y fecunda, centrada en la obediencia fiel a la Palabra de Dios, como bien nos ha dicho Jesús en el Evangelio de hoy, estableciendo **“quienes son su madre y sus hermanos: los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen”**.

Virgen orante

Pues bien, ese carisma de oración, que simboliza la mirada al monte Carmelo desde Nazaret, es lo que necesita nuestra sociedad. Es éste uno de los grandes retos que tenemos, como cristianos y como Iglesia Cuerpo de Cristo: **“levantar los ojos a los montes... y pedir el auxilio que viene del Señor”** ...llevar una vida contemplativa, de oración fuerte, gritando día y noche y uniéndonos así a la oración de la Virgen:

¡Ven, Espíritu Santo ayúdanos a ser fieles como Elías ...a no dejarnos llevar por la soberbia y el egoísmo que reinan en nuestro mundo! ¡Ven Espíritu Santo, concédenos humildad y fortaleza para ser testigos firmes del amor de Dios en medio de esta generación...!

En una sociedad que no cree en el amor, gritemos: ¡Ven espíritu Santo, ayúdame, a construir mi familia, a defender mi matrimonio! En una sociedad del tener, en una cultura de la muerte y la mentira: ¡danos caminar rectamente buscando siempre la luz de tu Verdad!

En definitiva, hermanos, encomendémonos a la Virgen del Carmen, porque Ella sabe de verdad lo que significa responder con generosidad a lo que pide el Señor. Ella conoce nuestras aspiraciones más nobles y profundas y, sobre todo, nuestra necesidad de amar y ser amados.

Rosa escogida

Por último, en la Escritura se hace referencia muchas veces a la vegetación exuberante del sagrado monte del Carmelo (cf. Is 35,2; Cant 7,6; Am 1,2). Su frondosidad y belleza evocan aquella otra belleza que adornó siempre a María: su docilidad a la Palabra de Dios, su oración callada y su fe inquebrantable.

También hoy la familia carmelitana y toda la Iglesia estamos llamados a engalanarnos y adornarnos como María del espíritu de escucha y de entrega a la Palabra y a la voluntad de Dios; y para ello lo hacemos con ese sacramental que es el **escapulario**. Que así como la rosa ha sido tan bellamente engalanada por el Creador, así veamos también a la Virgen del Carmen, verdadera **“rosa escogida”** para el jardín del cielo. Vistámonos con su escapulario, que es para los que lo llevan, su señal de predestinación. Como decía San Alfonso María de Liguori, Doctor de la Iglesia:

«Los hombres se enorgullecen de que otros usen su uniforme, y la Virgen está satisfecha cuando sus servidores usan su escapulario como prueba de que se han dedicado a su servicio, y son miembros de la familia de la Madre de Dios.»

Virgen fiel

Por tanto, hermanos, revestidos de ese **“escudo de salvación”**, aumentemos nuestra devoción y nuestro deseo por vivir santamente, propiciando así la renuncia al pecado. Dejémonos seducir por el ejemplo de la Virgen Santísima y acojamos el escapulario como signo del amor y protección maternal de María, que envuelve a sus devotos en su manto, como hizo con Jesús al nacer, como Madre que cobija a sus hijos.

En definitiva, para que sea Ella la que nos proteja y nos ayude a no dudar nunca del amor de Dios y a seguir a su Hijo como Ella lo siguió a lo largo de toda su vida. Que mirándola a Ella y siguiéndola dócilmente,

descubramos la belleza del amor verdadero y profundo que sigue fielmente la vocación a que hemos sido llamados.

Encomendemos, por tanto, a la intercesión de la Santísima Virgen del Carmen el que podamos finalmente coronar para siempre la cima de ese monte de salvación que es Cristo y que ahora viene a nosotros en la Eucaristía.

Y Pidámosle por todos los Carmelitas; que el Señor suscite vocaciones a la vida religiosa para que pueda ir creciendo en santidad y en número la gran familia del carisma carmelitano, rosa escogida en el jardín de la Iglesia. Que así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez